

“Estornudo *déjà vu*”

AHINI

Autor María Fe Galdós Ludowieg

Categoría A

Modalidad Cuento

Año de estudios Segundo

Estornudo *déjà vu*

Abrí la puerta de mi cuarto. Dejé mi maleta a un lado y caminé lentamente hacia la cama para recostarme. ¡Gracias a Dios era viernes! Necesitaba un descanso de los profesores, de las tareas agobiantes y, sobre todo, del fuerte resfrío que me provocaba estornudos, dolores de cabeza y me ponía cada día de peor genio. Empezaba a sentirme somnolienta, pero los gritos de mi mamá desde abajo me impedían cerrar los ojos: quería que organizara mis planes y, con eso, que la organizara a ella.

– Alessandra, organízate. Si vas a ir a algún lado no puede ser tan tarde. El señor Manuel solo puede llevarte hasta las nueve y mañana temprano es el matrimonio de Juanjo y Hidelgard, así que tendré que ir a la peluquería a hacerme algo. Así que organízate rápido; después no tendrás a nadie que te lleve ni te recoja.

Estaba acostumbrándome a escuchar los reclamos de mi madre cuando algo me terminó de desconcertar.

–Alessandra, ¿qué puerta vas a abrir?–

Solía pensar que mi mamá en ocasiones estaba loca, pero esta vez tuve la convicción. ¿De qué puerta me hablaba?

De pronto me vi parada en un gran pasadizo, angosto y largo, con interminables puertas a los costados. Demonios, ¿la loca era yo? Me preguntaba dónde me encontraba, qué puerta abrir, con qué o quién me toparía adentro...

Entre tanta incertidumbre y presión, decidí abrir la primera puerta, a mi mano derecha. Giré la perilla y di un paso adelante. Me encontré en un cuarto blanco en el que la única presencia ajena a la mía era la de mi tío Juanjo.

–Ale.–me dijo– ¿qué es de tu vida? No he sabido de ti en días; aunque debe ser

culpa mía en cierto modo..¡con todos los preparativos! Encima, han venido a regañadientes los padres de mi futura esposa, así que improvisé una cena para que todos se conozcan. Ya le dije a tu mamá; por supuesto que están invitadas—.

Le agradecí tanta gentileza. Sin más que hacer, atravesé la puerta por la que había entrado y volví al mismo pasadizo misterioso. Aún desconcertada, decidí entrar a la tercera puerta de mi izquierda. Caminé mirando hacia abajo, y cuando levanté la mirada, me sorprendí enormemente.

Me encontraba de pleno en la cena que, hacía solo un par de minutos, mi tío me acababa de anunciar. Reconocí al instante a los padres de Hildegard: unos alemanes pálidos y con el ceño fruncido; sobre todo el padre. Me acerqué a saludar, atreviéndome a hacerlo con el alemán masticado que apenas sabía, después de lo cual terminé sentada a la mesa, entre mi madre y el padre de la novia. Estaba tomándome un tiempo entender el acento confuso, pero la situación se tornó peor al sentir una intensa y poderosa picazón en la nariz.

— Este no es el momento— me dije a mí misma.

Mas lo que no debía suceder, finalmente pasó. Un gran estornudo no solo interrumpió la conversación entre los padres de Hildegard y mi madre, sino que, no logrando alcanzar la servilleta, disparé lo innombrable por los aires, en vuelo directo a la mejilla del serísimo alemán.

Avergonzada y asustada por la posible reacción del padre de Hildegard tras lo ocurrido, corrí hacia la puerta y salí, esperando huir del apuro...pero a lo único que accedí fue a aquel gran pasadizo, ya familiar.

Entré a la sexta puerta de mi derecha. Me volví a encontrar en mi habitación, con la maleta a un lado, recostada en mi cama. Mi mamá seguía gritando, cuando el timbre sonó.

– ¡Ale!– me gritó mi mamá–¡Abre la puerta!

Rápidamente me levanté, pensando en el extraño sueño que había tenido. Bajé las escaleras y abrí la puerta. Gran sorpresa: ¡eran Juanjo, Hildegard y sus rígidos germánicos padres!

No dije nada. Dejé la puerta abierta y corrí a sonarme la nariz.